

LA DISPOSICIÓN ANÍMICA DEL VIAJERO A MEDIADOS DEL  
SIGLO XIX: DISTINTOS ACERCAMIENTOS A UNA MISMA  
NATURALEZA

*A TRAVELER'S STATE OF BEING AND DISPOSITION IN THE  
MID-19TH CENTURY: APPROACHES TO A SINGLE CONCEPT OF  
NATURE*

Leonor Riesco Tagle<sup>1</sup>  
Pontificia Universidad Católica de Chile  
leonor.riesco@yahoo.es

RESUMEN

Históricamente, el relato del viaje ha sido una manifestación explícita o tácita del deseo de su autor por dejar un registro de lo vivido. No obstante la multiplicidad de tipos de relatos —definidos según el tipo de viaje y de viajero—, como cualquier obra humana, su contenido refleja de alguna manera el contexto sociocultural de la época de la que su autor es parte. Esta premisa lleva a preguntarse por los relatos de viajes de científicos y de particulares aventureros de mediados del siglo XIX, aparentemente muy disímiles en intereses, objetivos y contenido. El presente artículo busca demostrar la concordancia existente entre ambos tipos de viajeros respecto a su apreciación de la naturaleza, más allá de sus distintos enfoques o acercamientos, para lo cual se tomarán dos diarios que ilustran vívidamente los intereses del científico y del aventurero: *The U.S. Naval Astronomical Expedition to the southern hemisphere, during the years 1849-1850-1851-1851*, de James Melville Gilliss, publicado en Washington en 1855; y *To the land of the Andes*, de Jack A. Rankin, inédito y de colección particular.

---

<sup>1</sup> Licenciada en Historia Universidad Finis Terrae, Magister en Humanidades y Arte Universidad Gabriela Mistral, candidata a Doctor en Historia Pontificia Universidad Católica de Chile.

Este trabajo tiene su origen en el curso del programa de doctorado en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, titulado “La naturaleza como Historia”, dictado por el profesor Rafael Sagredo B.

PALABRAS CLAVE: Viajeros, Chile siglo XIX, Romanticismo.

#### ABSTRACT

Historically speaking, the narrative of a journey has been an explicit or tacit manifestation of the desire of its author to leave a record of an experience. Despite the multiplicity of types of stories – defined by the type of trip and traveler –, like any human attempt, its content reflects somehow the social and cultural context the author belongs to. This premise raises the question about travel accounts of scientists and individual adventurers from the mid nineteenth century, apparently very different in their interests, objectives and content. This article seeks to demonstrate the concordance between both types of travelers in terms of their appreciation of nature, despite their different approaches, taking into account two stories that vividly illustrate the interest of the scientist and adventurer: *The U.S. Naval Astronomical Expedition to the southern hemisphere, during the years 1849-1850-1851-1851*, of James Melville Gilliss, published in Washington in 1855; and *To the land of the Andes*, of Jack A. Rankin, unpublished and from a private collection.

Key Words: *Travelers, Chile 19<sup>th</sup> Century, Romanticism.*

*Recibido: 14 de julio de 2015*

*Aceptado: 14 de octubre de 2015*

“Es sorprendente anotar cómo la calidad de la fotografía cambia con la marca de la cámara”, advierte el prólogo de un conocido libro sobre viajeros en Chile en el siglo XIX (*Viajeros* 9). Esa misma diversidad perceptiva es la que se pretende analizar aquí, es decir, cómo a partir de un mismo objeto observado, incluso a veces desde un mismo ángulo, pueden obtenerse tan distintas apreciaciones; cómo el “lente” del observador, su estado anímico, su historia, su profesión e intereses, influyen de manera bastante decisiva en la “fotografía” que deja registrada en dibujos o escritos. Pero cómo, también, estas distintas fotografías, producto de esos distintos lentes, comparten sutilmente cierta sintonía respecto al objeto fotografiado (la naturaleza).

En los viajeros particulares, aventureros solitarios de comienzos y mediados del siglo XIX, la sensibilidad romántica está a flor de piel; es expresa y al investigador no le implica mayor obstáculo identificarla. En los científicos, en cambio, dicha sensibilidad está presente en

[...] la expresión moderada de los sentimientos que aluden a la búsqueda de la belleza de lo observable y el reconocimiento del goce estético en el proceso de aprehensión del objeto” (cimentada en una) “nueva mirada sobre su objeto de estudio; una descripción estética, taxonómica y morfológica del objeto, así como también una notoria consideración del ámbito social (Saldivia 86).

La sensibilidad del científico se manifiesta, así, no tanto en su sobrecogimiento y admiración frente a cuadros de magnífica belleza y dimensiones, sino en la detención

minuciosa en cada componente de la naturaleza para identificarlo, medirlo y catalogarlo —sin perjuicio de que se permita, de vez en cuando, expresiones provenientes desde lo más profundo de su sentir.

También es interesante ver la relación inversa: en qué medida influyen los científicos en los viajeros particulares, o qué grado de conocimiento manejan de sus disciplinas.

Para abarcar de una manera ilustrativa pero acotada el tema, se tomarán dos diarios de viajes: el de James Melville Gilliss (*The U.S. Naval Astronomical Expedition to the southern hemisphere, during the years 1849-1850-1851-1851, vol. I*, Washington: A.O.P. Nicholson, 1855) y el de Jack A. Rankin (*To the land of the Andes*, inédito, de colección particular). Ambos norteamericanos visitaron Chile a mediados del siglo XIX; el primero, por encargo de la Armada de los Estados Unidos, con el fin de realizar observaciones astronómicas —particularmente sobre Marte y Venus— que pudieran ser contrastadas con las que se realizarían en forma paralela en su país natal; el segundo, por una inquietud personal, un impulso aventurero y explorador fuertemente influenciado por el relato de Alexander Von Humboldt<sup>2</sup>. La expedición de Gilliss duró un lustro (1847-1852), y su estadía en Chile, tres años (1849-1852). Rankin, por su parte, zarpó de Nueva York en 1855, llegando a Valparaíso un año más tarde, y permaneciendo en el país hasta 1862.

Cada uno a su manera, y más allá de su situación socioeconómica, tanto Gilliss como Rankin tienen la “fina espiritualidad” de la que habla Guillermo Feliú; ambos “llevan en el alma la influencia del Romanticismo como escuela de la vida, como sentimiento, como espíritu, como manera de enfocar la existencia y como forma para comprender la realidad, iluminada por la imaginación” (*Santiago 9*). Evidentemente, esta disposición anímica romántica no se expresa de la misma manera; Gilliss sigue el lenguaje científico convencional, mientras que Rankin trata con libertad los tópicos que le parecen dignos de registrar. De aquí que la lectura de ambos relatos deba intentar ser rigurosa, pero con cierto grado de interpretación responsable.

Para algunos, “el resquemor reside en la posibilidad de que lo descrito por el viajero sea el resultado de representaciones totalmente ajenas a lo que éste efectivamente pudo haber observado y, por lo tanto, que no reflejen la realidad” (Sanhueza

---

<sup>2</sup> “Siempre he tenido un fuerte deseo de viajar a países extranjeros, de mirar extrañas y variadas escenas, y observar las maneras y costumbres de otras naciones. Más particularmente, mi atención estaba dirigida a Sudamérica, la tierra de los Andes; y probablemente ningún escritor hizo jamás una mejor impresión en mi mente que Humboldt. En él contemplé el perfecto tipo de viajero científico; resistente, entusiasta e infatigable. ¡Cuán seguido se elevaron ante mi visión mental, en colores brillantes, su vida respirando imágenes de la tierra de los incas, la soledad de Quito, el majestuoso Chimborazo y el impresionante Cotopaxi!” (Rankin 1).

35). Pero en este trabajo no se busca identificar qué realidad reflejan, sino más bien cómo la presentan. Para esto, y en un intento por acotar aún más el tema, se han tomado cinco aspectos que parecen esenciales a tratar: la naturaleza como un universo multicromático, como manantial de fertilidad y recursos, como vida y como referente cardinal, así como la atracción al abismo que ejerce en el viajero.

En el transcurso de esta investigación, para cada uno de los temas tratados se han encontrado numerosos pasajes que corroboran la hipótesis planteada —no obstante ofrecerse aquí solo los más ejemplares, para no atiborrar las páginas con un exceso de información. Se ha cuidado de no hacer de la excepción una regla: solo aquellos aspectos que aparecen de manera más o menos constante, se han considerado en la ratificación o eventual refutación de lo propuesto.

Por último, es preciso advertir que, encontrándose ambos relatos en su idioma original (inglés), se ha decidido traducirlos con todo el rigor y exactitud que permiten las usanzas lingüísticas y gramaticales de hace más de un siglo y medio.

#### VIAJES, VIAJEROS Y RELATOS SOBRE EL CONO SUR (SIGLOS XVIII-XIX). EL ROMANTICISMO Y LA FASCINACIÓN POR LA EXPERIMENTACIÓN

Los extraordinarios descubrimientos geográficos del siglo XV, en concomitancia con los náuticos y científicos, dieron paso a una nueva era histórica que afectó prácticamente todos los ámbitos, y que alcanzó su máxima expresión en el siglo XVIII y comienzos del XIX con los viajes científicos. Al alero de la Ilustración y el racionalismo —que se vería reforzado con el positivismo decimonónico—, los monarcas de Europa occidental impulsaron y costearon una serie de “expediciones y viajes marítimos para adquirir información geográfica, política, comercial y estratégica, con vistas a la adquisición de posesiones ventajosas ante un nuevo sistema de confrontación de poderes. Todos [...] tuvieron] en común la consecución de algún fin de carácter científico” (Cerezo 15)<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Así, es posible destacar a viajeros científicos de diversas nacionalidades, como Louis Godin, Charles Marie de la Condamine, Pierre Bouguer, Louis Éconches Feuillée, Amédée-François *Frézier* y Pierre Bouger, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en la primera mitad del siglo; Philip Carteret, Samuel Wallis, John Byron, James Cook, Alejandro Malaspina, Antonio de Córdoba, Hipólito Ruiz, José Antonio Pavón, Louis Antoine de Bougainville, Juan José Tafalla, José de Moraleda, Félix de Azara, Jean-François de La Pérouse y George Vancouver en la segunda mitad, por mencionar algunos. A partir de 1760, aproximadamente, es posible observar un incremento sostenido de empresas expedicionarias en las tierras americanas. “Los pasos dados en la segunda mitad de este siglo, fueron todavía mucho más firmes y seguros, y tuvieron también una amplitud mucho mayor”, apunta Barros Arana. Y continúa: “el espíritu científico que desde mediados del siglo XVIII penetra en todo orden de investigaciones, fue también aplicado a los estudios geográficos. Desde entonces, al lado de las expediciones mi-

A partir del siglo XIX, no sólo fueron países externos los que impulsaron el reconocimiento geográfico nacional, sino que también el Estado mismo contrató a eruditos extranjeros, una decisión “altamente relevante para la *episteme* nacional”, a juicio de Zenobio Saldivia. Restringiéndose a Chile, en un primer momento fueron Gorbea y Bello; a partir de 1830, Gay, Domeyko y Philippi; y en la década de 1840, Sarmiento, Perrot y Pissis. Estos sabios, al dialogar con los miembros de la elite intelectual chilena, fueron creando espacios de sociabilidad y, a través de ellos, estimularon en la población —o al menos en ciertos sectores— el fortalecimiento de una conciencia identitaria, un espíritu crítico y una valoración de las riquezas nacionales (Saldivia 84).

En mayor o menor grado, la mayoría de las expediciones científicas del siglo XVIII, y hasta mediados del XIX, compartían las tareas de llevar un registro diario y completo del viaje y las medidas físicas y astronómicas, así como los cálculos de longitud y latitud; de levantar planos y cartas; de describir puertos y fortificaciones; de analizar costumbres locales; de estudiar la flora, fauna y mineralogía; de elaborar un informe sobre la situación política y social de los virreinos, etc. Las finalidades podrían variar de una a otra empresa, pero siempre estuvo presente el objeto económico (comercial) y el político (administrativo)<sup>4</sup>.

Los avances en el método y las herramientas, unidos a la progresiva estimación de la rigurosidad científica, hicieron que los resultados obtenidos en las expediciones fueran cada vez más valorados por los expertos. Se fue forjando, así, cierta homogeneidad instrumental y metodológica, lo que favoreció indiscutiblemente a las ciencias

---

litares o comerciales, y muchas veces conjuntamente con éstas, se organizan las expediciones científicas a cuyos trabajos se creen obligados a contribuir todos los gobiernos, de tal suerte que la guerra misma puede embarazarlas” (106).

<sup>4</sup> Merecen una breve mención aquí los aportes significativos de los piratas holandeses e ingleses (y más tarde, franceses y americanos del norte). Aunque su principal objeto era el comercio ilícito, sus viajes contribuyeron a un conocimiento más acabado y preciso de las rutas marítimas y puertos aptos para anclar. Sus objetivos principales distaban bastante de las observaciones científicas, pero dejaron un legado contundente. Como señala Barros Arana, “los oscuros y audaces aventureros de diversas nacionalidades reunidos en los mares de América para robar los buques españoles y para saquear las poblaciones situadas en la costa del continente, habían contribuido también poderosamente al progreso de la geografía con la publicación de mapas y de libros en que agruparon sobre las colonias del rey de España noticias y observaciones de todo orden; muchas veces exactas y juiciosas, pero siempre desligadas e inconexas entre sí y de ordinario vagas o desprovistas de toda garantía” (329). Esta idea la corrobora Feliú Cruz, según quien “las expediciones de los corsarios ingleses, por una parte, y las encubiertas francesas, por otra, surgidas todas, como las holandesas que vendrán en seguida, con un decidido propósito de abrir las colonias americanas de España al comercio, no dejaron de traer algún beneficio para el conocimiento científico de los dominios” (*Notas* 70).

al conformar, en palabras de Carlos Sanhueza, “una verdadera comunidad de observadores regidos bajo parámetros similares” (28). Se podría decir que esta comunidad hablaba en un mismo lenguaje, compartía intereses afines y, por lo mismo, tendió a apoyarse en los trabajos de eruditos tanto de una misma disciplina científica como de otras distintas, pero relacionadas. De aquí que se observen constantes referencias de los expertos a sus predecesores —aunque no siempre para confirmar la información, sino muchas veces para contrastar, refutar o corregir<sup>5</sup>. Se estableció así lo que Vanni Blengino llama “un diálogo a larga distancia”, es decir, “una solidaridad entre los viajeros, una cadena ideal en la que el último recoge el botín de conocimientos acumulados por todos los que lo han precedido” (90).

De la gran variedad de viajeros entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del XIX —que Sanhueza agrupa en científicos, pictográficos y aventureros—, todos tuvieron en alguna medida a Alexander von Humboldt como referente. En él se conjugaban de manera genial elementos aparentemente opuestos: era un científico por excelencia, pero también un romántico. El sentido de la visión era para él primordial, tanto para el trabajo de medida y taxonomía como de apreciación y valoración de la naturaleza.

Lo que resulta interesante para los efectos de este trabajo, es el matiz que se advierte, ya en la segunda mitad del siglo XVIII, en el relato del viajero —sea cual sea

---

<sup>5</sup> Por citar un ejemplo, Andrés Estefane advierte que “las investigaciones realizadas por la comisión científico-política Malaspina lograron proyectarse más allá de su marco temporal inmediato”, pues a lo largo del siglo XIX, “las autoridades republicanas se [vieron] en la obligación de acudir a la información generada por las expediciones científicas ilustradas —y a la de Malaspina en particular— para enfrentar la carencia de información actualizada en materia geográfica, resolver disputas territoriales con países limítrofes e iniciar nuevas exploraciones destinadas a conocer con precisión las características de aquellas zonas integradas recientemente a la soberanía nacional”. Según el autor, los informes de Malaspina siguieron siendo utilizados hasta la década de 1830, cuando el científico francés Claudio Gay los revisó y sacó sus propias conclusiones. A partir de entonces, el trabajo de Malaspina comenzaría a ser evaluado, criticado y corregido (Estefane 287). En el caso puntual de los viajeros que aquí se analizan, tanto Gilliss como Rankin citan a distintos científicos, aunque el primero con mucha mayor profusión, como es de esperar de una comisión científica. Gilliss se refiere a Gay como una “autoridad”, mientras que considera que “una gran parte” del trabajo del abate Molina “es pura fábula”. Le tocó trabajar de cerca con Domeyko, cuyas medidas y trabajos cita bastante; y lo mismo hace con Charles Darwin, fray Pedro González de Agüeros, Aaron Arrowsmith, el abad Nicolás Louis de Lacaille, Charles F. Girard, J. Lawrence Smith, Alexander von Humboldt, Theodor Philippi, Robert Fitz-Roy, Charles Wilkes, Amédée-François Frézier, John Miers, Johann J. Von Tschudi, Amadeo Pissis y Peter Schmidtmeier, por mencionar algunos. Por su parte, Rankin menciona a Alexander von Humboldt, Basil Hall y John Leyard, pero también las obras poéticas de William Shakespeare, Thomas Gray, Henry Sewell Stokes y Lord Byron.

su ocupación, intereses y propósitos—, influido por una corriente estética en sus inicios y que permeó al poco tiempo prácticamente todos los ámbitos de la vida humana: el Romanticismo. Bajo sus directrices, “la naturaleza se [convirtió] en el espacio estético por antonomasia, fuente de los sentimientos de lo bello y de lo sublime” (González 49).

En el nombre de “una libertad auténtica” (Gras 14), el Romanticismo, como réplica a los vacíos que la Ilustración no lograba dar respuesta, elevó a los sentidos al pedestal en el que descansaba el intelecto y ensalzó a la imaginación “como centro de toda creación artística, [...convirtiéndose] en una lámpara que arrojaba luz sobre nuevos espacios hasta ahora sometidos por la razón” (González 13). Esta premisa dio pie, entre otras cosas, al vuelco del hombre sobre sí mismo y a la introspección y la valoración de la unicidad dentro de la pluralidad, enfatizando “la interioridad y singularidad de la identidad del yo” y culminando en el “expresionismo romántico, con la apremiante voz de una verdad interna” (Taylor 76)<sup>6</sup>.

Todo lo anterior —la supremacía de los sentidos, de la imaginación y del individualismo— puso en la cúspide la defensa de la subjetividad, tendencia que queda manifiesta en los relatos de viajes ya a fines del siglo XVIII, y que muestra un nuevo significado y valor en la relación del hombre y la naturaleza, concibiendo esta última “como un lugar de meditación, [...] como inspiradora benevolente y alegre, [...] como confusamente divina”, al punto de ser calificada por Coleridge como “el monte del conocimiento” (Rookmaaker 52-53).

Pero este nuevo acercamiento del hombre sensible con la naturaleza no es equiparable, por ejemplo, a la relación que establecieron ambos en el Renacimiento o en el Medioevo. Se trató ahora de un estado anímico melancólico, semitrágico, cuya razón radicó en la toma de conciencia de la pérdida de centralidad que el hombre había sufrido a causa de los descubrimientos abrumadores alcanzados por su propia razón. La naturaleza, “autonomizada”, desplazó al hombre del centro —e incluso del todo— y pasó a ser la protagonista (Argullol 17).

---

<sup>6</sup> En palabras de Simon Gunn, “con el Romanticismo, el yo se convertiría en una esencia orgánica que había que cuidar, desarrollar y expresar mediante la propia vida individual” (178). Restringiéndose al campo artístico, la historiadora Joanne Schneider explica que, “en un intento por responder las grandes preguntas sobre la existencia humana, los artistas románticos se volcaron a la naturaleza en busca de inspiración. Sus sensibilidades estéticas les permitieron usar su imaginación para crear obras de arte, pero éstas no eran fines en sí mismas. Sirvieron más bien como un recuerdo físico de la imaginación de los artistas y su rol crítico para el resto de la humanidad. De acuerdo al pensamiento romántico, sin una imaginación activa una persona nunca podría entender o apreciar realmente sus entornos. La imaginación, esa fuerza misteriosa basada en la conciencia humana, sirvió como el enlace crítico entre el ser individual y lo sublime” (75).

Esta escisión, tan perfectamente expresada por el artista de la época, fue lo que caracterizó el estado anímico del hombre romántico. Consistió en un desarraigo y un intento por revertirlo; y en este proceso es posible observar los más encontrados sentimientos: atracción en el rechazo, brumamiento en la soledad, pequeñez en la inmensidad. A pesar de entender esta desposesión como una realidad irrevocable, el hombre volvió su mirada a la naturaleza ya no solo como fuente estética de inspiración, sino además como único refugio alternativo “a la ciudad y las complicaciones asociadas a la vida urbana” (Schneider 71)<sup>7</sup>.

Con todo lo dicho hasta aquí, podría sugerirse, junto al crítico del arte Marcel Brion, que el Romanticismo, más que un período de la historia, fue esencialmente un estado anímico que se expresó históricamente. Y no fue privativo del ámbito artístico: aunque aparentemente incompatibles, ciencia y Romanticismo también tuvieron una fuerte conexión. En una época en que la idea de naturaleza y sus componentes eran el objeto de estudio por excelencia, la gran mayoría de los eruditos de las distintas ramas científicas y sociales se vio, de uno u otro modo, afectado por esta corriente. Así es como pueden apreciarse en los relatos de viajes científicos expresiones de asombro, maravilla y plenitud del espectador ante la grandeza del paisaje natural, sin perjuicio de un intento metodológico por prescindir de los sentimientos personales. En el caso puntual de Chile, científicos como Claudio Gay, Amadeo Philippi e Ignacio Domeyko manifestaron

Un correlato con las ideas románticas principalmente en tres planos: en el discurso científico, en tanto éste [fue] utilizado de manera que permitiera una cuidadosa inserción de sentimientos y la descripción de los observables; en la iconografía complementaria a las diagnósticos de los referentes, que se [caracterizó] por el recurso obligado de ilustraciones o dibujos en muchas de sus

---

<sup>7</sup> La autora continúa: “los románticos arremetieron contra los cambios que su sociedad sufrió como resultado de los legados racionalistas, el trastorno político, los avances tecnológicos y los realineamientos sociales. El ritmo de la modernización, como es llamada hoy en día, parecía abrumador” (71). Algo similar advierte Isabel Cruz, cuando señala que “sólo una sociedad que ha alcanzado un alto grado de refinamiento en su vida cotidiana y en sus expresiones artísticas y un alto desarrollo urbano, una sociedad hípercivilizada, que se ha dejado permear por un «cierto malestar en la cultura», [...] podía tener como ideal la vida sencilla y agreste. [...] Frente a la cultura milenaria «cansada y gastada», [...] propia de la Vieja Europa, estos viajeros se sobrecogen con la belleza natural del Nuevo Mundo. De ahí el dilema entre naturaleza y civilización, [...] característico del Romanticismo, cuyo estado del espíritu es contrario a la racionalidad ilustrada, pues busca justamente mostrar el espectáculo natural en todas sus dimensiones y en toda su potencia, incluso a veces con la fuerza desatada de sus elementos” (117-118).

obras; y como forma de vida de los mismos. Tales expresiones, en su conjunto, [correspondieron] a un fenómeno sociocultural que [compartieron] muchos científicos decimonónicos de su tiempo y cuyo modelo [tuvo] su raigambre en la bibliografía y en las exploraciones de Humboldt (Saldivia 106).

En el relato de viaje desde fines del siglo XVIII, ya sea literario o científico, también es posible identificar cierta admiración por el sacrificio. El erudito estuvo marcado, por así decirlo, por una misión que trascendió su propia existencia y que apuntó a beneficios de alta utilidad para las naciones en el tiempo. Retomando las tres figuras de su estudio (Gay, Domeyko y Philippi), Zenobio Saldivia advierte que su estilo de vida romántico se centró “en un heroísmo implícito en la tarea de apropiación de la naturaleza vernácula y en la férrea convicción de que la obra que [ejecutaban, estaba] destinada a tener trascendencia universal. Tal heroísmo [fue] para estos científicos considerado como una «parte imprescindible de su personalidad»” (129-130)<sup>8</sup>.

Guardando las distancias entre los relatos de Rankin y Gilliss, en ambos está presente este sentido de misión y trascendencia, expresada en una compartida fascinación por la experimentación, así como en el anhelo de presenciar y sentir la grandiosidad de la naturaleza y de hacerla suya, ya sea a través del conocimiento científico o bien por medio de la vivencia estética y sensible.

#### JAMES M. GILLISS Y JACK A. RANKIN, DISTINTOS ACERCAMIENTOS A UNA MISMA NATURALEZA

A pesar de haber recorrido el país casi en la misma época, los viajes de Gilliss y Rankin difirieron sustancialmente en cuanto a propósitos, equipamiento, compañía y resultados, así como también fueron desiguales los relatos que dejaron por escrito. En 1849, cuando James Gilliss arribó a Chile, ya tenía gran reputación en su país como oficial de marina y astrónomo consagrado tras la fundación del Observatorio Naval de Estados Unidos (Washington, 1842), al punto de ser considerado “el más distinguido de los representantes de la ciencia” por el *Boston Evening Transcript*. Aunque los propósitos esperados de su expedición no se cumplieron a cabalidad —los mismos cálculos astronómicos que debían realizarse simultáneamente en el hemisferio norte

---

<sup>8</sup> En parte, este sacrificio lo encarna el diario de viaje, de gran estimación para su autor, en la medida que guarda información valiosa e irreemplazable. Por contar una anécdota, cuando Rankin cruzaba un río, una de las mulas que transportaba sus maletas —y dentro de ellas, su diario y dibujos— tambaleó y por poco las aguas se llevan su carga. Ante la penosa situación, Rankin escribe: “mi fatiga y mi hambre se me olvidaron cuando pensé en mi diario y en mi libro de bosquejos, más valiosos que el oro para mí” (114).

fueron insuficientes—, la expedición reunió un importante acopio de información y mediciones, junto con levantar un observatorio en el cerro Santa Lucía (355)<sup>9</sup>.

Las circunstancias del viaje emprendido por Jack Rankin fueron bastante diferentes. De la escasa información que se tiene de este viajero, se sabe, por lo que cuenta en su diario, que partió de “un fuerte deseo de viajar a países extranjeros, de mirar extrañas y variadas escenas, y observar las maneras y costumbres de otras naciones” (1)<sup>10</sup>. Su situación económica no pudo haber sido muy holgada, pues confiesa que debió esperar varios años para ahorrar lo necesario, y en Valparaíso trabajó largo tiempo para mantenerse. Sin embargo, algunos comentarios suyos dan a entender que ya había viajado antes por países europeos y gran parte de Estados Unidos, y que estando en Chile hizo contactos para tomar un vapor rumbo a China, con el fin de circunvalar el globo.

Cuando Gilliss inició su expedición, ya era un hombre bastante maduro para la época (38 años). Debido al carácter científico del viaje, se infiere que hubo una dedicada preparación en términos instrumentales pero también respecto a las rutas que se seguirían y los lugares desde donde se harían las mediciones. Desde su país revisó las realizadas por Fitz-Roy, Darwin, Lacaille, Charles Girard, y Wilkes y la United States Exploring Expedition —por mencionar algunos. Una vez en Chile, Gilliss se encargó de examinar los trabajos relativos a su investigación en los *Anales de la Universidad de Chile*, como los trabajos de Theodor Philippi; varios censos y estadísticas poblacionales realizadas por el Estado ( nombra los de 1830, 1832, 1844, 1848 y 1850); los registros meteorológicos efectuados por el señor Reyes y publicados en los *Anales*; las mediciones lacustres de Domeyko y J. Lawrence Smith; y algunos mapas conservados en el Archivo de Santiago (seguramente el Archivo General de la Oficina de Estadística, recién creado).

---

<sup>9</sup> El *Boston Evening Transcript* publica lo siguiente: “En 1849 emprendió su memorable expedición a Chile con el objeto de determinar el parallax solar, y continuó residiendo allí por espacio de tres años, durante los cuales su actividad y energía para los trabajos que le estaban encomendados, no reconocieron límite. Allí estableció y proporcionó los medios de construir un Observatorio Nacional permanente, en donde se han hecho hasta ahora observaciones muy interesantes y dignas de crédito. De aquí sus estudios sobre el hemisferio sur, que no reconocen competencia y están en curso de publicación por el Gobierno de Estados Unidos” (355).

<sup>10</sup> “Siempre he tenido un fuerte deseo de viajar a países extranjeros, de mirar extrañas y variadas escenas, y observar las maneras y costumbres de otras naciones. Más particularmente, mi atención estaba dirigida a Sudamérica, la tierra de los Andes; y probablemente ningún escritor hizo jamás una mejor impresión en mi mente que Humboldt. En él contemplé el perfecto tipo de viajero científico; resistente, entusiasta e infatigable. Cuán seguido se elevaron ante mi visión mental, en colores brillantes, su vida respirando imágenes de la tierra de los incas, la soledad de Quito, el majestuoso Chimborazo y el impresionante Cotopaxi” (1).

La edad de Rankin al llegar a Chile es desconocida, así como también su condición civil —aunque todo indica que se trató de un hombre soltero y sin hijos. En su viaje no hubo más planificación que el propósito de llegar a Valparaíso. El vapor que tomó en Nueva York (*Sophia Walker*, al mando del Capitán C. R. Moore) viajó por toda la costa atlántica, llegando a Valparaíso el 12 de octubre de 1856<sup>11</sup>.

La expedición de Gilliss —como todo viaje científico— pretendía ser un aporte al conocimiento universal, ofreciendo información de carácter netamente utilitario que apuntaba, en definitiva, a un uso óptimo de la naturaleza a disposición de los hombres y su nación. Este objetivo se ve corroborado, además, con las actualizaciones que se hicieron después de realizado el viaje<sup>12</sup>. Rankin parece haber distado mucho de estos propósitos universales. Lo suyo era una búsqueda y conexión personal con la naturaleza, sin perjuicio de ofrecer, esporádicamente, uno que otro dato de utilidad práctica. Por lo mismo, son las palabras de los poetas románticos más que las mediciones de los científicos las que llenan de sentido sus vivencias<sup>13</sup>.

---

<sup>11</sup> “Me parecía, sin embargo, que el objetivo de mi ambición de atravesar los Andes era irrealizable, y no fue hasta el verano de 1855, que había ahorrado dinero suficiente para pagar mi pasaje, cuando me formé la resolución de partir a Valparaíso, un puerto en la costa de Chile, a comienzos del otoño. Yo me encontraba entonces en Decatur, un pueblo en Central Illinois. Durante la última parte de junio visité los saltos de San Antonio, Mississippi arriba, el primer viaje que hice de alguna consecuencia. Volví a la ciudad de Chicago, donde permanecí hasta algún tiempo en octubre, dejándola por mi hogar, donde estuve detenido unos dos meses y medio. [...] El 24 de diciembre dejé mi casa. Era un helado día de tormenta. Mi hermano menor me acompañó hasta Springfield, donde tomé el tren a Decatur, llegando ahí hacia la noche. A la mañana siguiente, partí a Urbana, en Central Illinois R.R. [...] Compré un boleto de segunda clase para Nueva York, y partí de la última ciudad esa misma noche” (1-2).

<sup>12</sup> Refiriéndose al volcán Antuco y la laguna de la Laja, en una nota al pie señala Gilliss: “una carta de Chile, desde que fue escrito lo de arriba, me informa que la lava de una reciente erupción tapó la desembocadura. ¿Quién puede decir cuánta destrucción se causará cuando el volumen acumulado rompa sus barreras?” En otra parte, hablando de las estadísticas de la población nacional blanca (mestiza) y nativa, en una nota al pie advierte que “se terminó un censo después de lo escrito arriba”, cuyos resultados se publicaron en *El Mercurio* de Valparaíso el 21 de octubre de 1854. También se ve que está al tanto de las últimas obras viales (“desde que partimos de Chile se ha proyectado un camino entre La Serena y el puerto, y otro entre Tongoy y Tamaya”), así como de las últimas tesis científicas, como aquella relativa al fenómeno de la *Aurora Australis* que se planteó antes de la *American Association for the Promotion of Science* (16, 46, 77, 85).

<sup>13</sup> De todos modos, no deja de llamar la atención el conocimiento científico bastante completo que posee Rankin. Su relato refleja una instrucción náutica bastante nutrida —expresada en términos técnicos, mediciones y relaciones generales—; como también cierto conocimiento geográfico, climático y astronómico. Si a esto se suma la referencia más o menos constante

Debido a lo anterior, la forma del relato de la expedición de Gilliss es la del lenguaje científico con un orden temático, y con el conocimiento de que será publicado. Además, haciendo notorio el trabajo de un equipo, se habla desde la primera persona en plural. El diario de Rankin, al contrario, guarda todo lo que su autor decide poner por escrito, sin restricciones o formalidades, y sigue un orden cronológico y continuo. En él se manifiesta de manera palpable la exaltación del individualismo romántico, hablando desde el “yo” y registrando aquellas experiencias sensibles, singulares y personales, que hacen de un hecho objetivo una vivencia subjetiva<sup>14</sup>.

A pesar de todas estas diferencias recién mencionadas, como se adelantó en la introducción, ambos relatos comparten ciertos elementos respecto a la apreciación de la naturaleza. Uno de ellos es la constante referencia a lo que se podría denominar “multicromatismo”, es decir, a la amplia gama de colores que los viajeros distinguen en la naturaleza y en la luz de la atmósfera. Como dice Feliú Cruz, al menos en el valle de Santiago, “el azul del cielo, igual que el verdor profundísimo de la vegetación de la región, era algo tan dulce, tan suave al ojo, que el espectador se encontraba obligado a mantener la mirada fija en la comba azulada” (*Notas 24*). Lo interesante es ver cómo varía la relación que establecen ante el fenómeno. En su calidad de astrónomo, Gilliss repara constantemente en el cromatismo de la atmósfera en función de la ciencia, y muchas veces relacionándolo con su objeto de estudio principal (los astros, Venus y Marte). Apunta, por ejemplo, que antes del equinoccio de la primavera y después del otoño, “la luz, no tan rojiza como el resplandor del cielo después de la puesta de sol, ni tan plateada como los rayos que anuncian la luna, suele ser tan débil que pocos hacen hincapié en ella”; y continúa su descripción notando que, a pesar de no encontrar variaciones en la intensidad o movimiento ondulatorio de la luz —como halló Humboldt para las zonas tropicales de Sudamérica—, percibe un suave resplandor hasta su desvanecimiento, tras lo cual concluye: “si este hermoso fenómeno consiste en un anillo de materia nebulosa, que gira libremente en el espacio entre las órbitas de Marte y Venus, o si es la capa más externa de la atmósfera solar, es una pregunta que aún no se ha decidido por los físicos”. En otra ocasión, y en compañía de una

---

a poetas, científicos y eruditos (como Alexander von Humboldt, Basil Hall y John Leyard, pero también los poemas de William Shakespeare, Thomas Gray, Henry Sewell Stokes y Lord Byron), se tiene un viajero con un nivel de ilustración nada despreciable.

<sup>14</sup> Debe advertirse que *The U.S. Naval Astronomical Expedition* contiene dos secciones: una descriptiva (que es la que trata de Chile) y otra narrativa. Dentro de la primera, el último apartado (“A visit to the southward”) cambia su formato narrativo de temático a cronológico, como si se tratara de un diario. Y lo mismo en la parte narrativa. Respecto al relato de Rankin, se sabe que hizo algunos intentos por publicar al menos una porción de él en los diarios norteamericanos, como el *Illinois State Journal* y el *Daily Alta California*, pero al parecer sólo logró publicar una ínfima parte en este último periódico.

“cazuela realmente excelente”, Gilliss describe los tonos dorados y bermellones que los últimos rayos del sol al oeste proyectan en las nubes una tarde en San Fernando, luciendo “tan brillantes en sus matices como la más gloriosa exhibición intertropical al atardecer” (81, 368). Y luego añade información de carácter científico:

A las siete y media, a pesar de que la luna había alcanzado su primer cuarto, el cielo estaba casi de color negro, y las estrellas de un brillo pocas veces igualado, quizás, incluso en esta extraordinaria atmósfera. Cuando el planeta Venus se hundió detrás de la montaña, la vista fue muy interesante, como los lectores astrónomos apreciarán. No se trató de una inmersión instantánea del disco completo, sino una rápida y sorprendentemente notoria disminución de la brillantez de los rayos del planeta; la desaparición final, sin embargo, fue tan pronunciada que un agudo observador apenas habría errado en un décimo de segundo en el tiempo de su ocurrencia (368).

Junto con destacar en reiteradas ocasiones los tonos pasteles de la puesta de sol, la oscuridad de la noche contrastada con la brillantez de las estrellas —a veces pareciendo estar “casi al alcance de uno”— y la luz de Venus y otros planetas, Gilliss se detiene en la gama de matices presentes en el panorama natural diurno. Nota, por ejemplo, los tonos cerúleos de la cordillera de los Andes, la oscuridad en el verdor de algunos bosques tupidos, las “peñas de aspecto basáltico, a veces negras como la pizarra y a ratos blancas como la caolita”; los “tintes suaves de color naranja, rosado y violeta” que durante el día lucen las nubes cual “guirnaldas flotantes”; y la luz dorada que inunda las profundas quebradas de Constitución, por mencionar algunos ejemplos. Reiteradas son también las alusiones a la luz solar transmitida por la atmósfera; después de todo, es esta la que define el multicromatismo en el paisaje (11, 51, 176, 178, 381, 375).

La diversidad y belleza de los distintos panoramas que ven los ojos del científico deben haberlo conmovido bastante, y a pesar de procurar omitir apreciaciones demasiado personales, de vez en cuando se leen frases algo teñidas de romanticismo, como aquella en que se queja porque “en vano el lápiz intenta describir la belleza del contraste entre las grandes masas de hielo traslúcido, casi como vidrio, y el color asfáltico de la cordillera de la que forma parte”. Desde la amplia y magnífica vista obtenida del valle desde cuesta de Lo Prado, Gilliss admite que “solo el lápiz del pintor puede decir cuán suavizados sus matices temprano en la mañana y por la noche, o cuán dorados los rayos del sol reflejados desde las cordilleras, cuando Santiago se encuentra en las sombras” (11, 176).

Para Rankin, podría decirse que el color tiene una importancia básicamente estética, cuya presencia realza aun más la belleza del paisaje. Y así lo hace notar en sus observaciones, deslumbrado ante una “vegetación [que] parecía usar matices que nunca antes había visto”; o ante los “tintes cálidos” del cielo y los “colores veraniegos” de las nubes que él “aclamaba extasiado”; las bahías de costas rocosas que presentaban

“esa hermosa gradación de tonalidades, de formas pintorescas y variados matices que solo la distancia puede dar”; el cielo “azul, suave y hermoso” del valle del Maule; las laderas de las montañas “doradas con un tono rosado” por los rayos del sol; “los más adorables” colores de los duraznos en flor y la vegetación silvestre de Valparaíso; y “el resplandor del oscuro lingue de hojas naranjas en esas profundidades del valle” (2, 8, 14, 120, 131).

A diferencia de Gilliss, son pocas las veces que Rankin menciona los colores en la oscuridad. Salvo un par de ocasiones en que destaca la luz que esparce la luna sobre la tierra o el brillo de las estrellas, lo que más le llama la atención son los atardeceres. Desde el cerro La Campana aprecia cómo el sol “inunda de luz dorada” el paisaje y “las crestas de las montañas parecen como islas ardiendo” en medio del “mar de oro”; y en Molina se deleita con la “tranquila y adorable puesta de sol”, cuya escena general duda que pueda ser superada por los crepúsculos que ha visto en Italia (107, 138)<sup>15</sup>. La apreciación de este aventurero por el abanico de colores que le ofrece la naturaleza queda plasmada en el siguiente párrafo:

Éste ha sido un día adorable. El aire es fresco y verdaderamente chispea con vida. La luna está en pleno, y ¡qué hermosa su luz sobre el océano! Esta noche, el tenue crepúsculo apenas se había desvanecido en el oeste cuando la reina de la noche comenzó a teñir de plata bruñida los ligeros cúmulos de nubes que cubrían el cielo del este. La salida de la luna a través del derroche de aguas era, de hecho, una escena gloriosa. El rico resplandor que bañaba las livianas nubes aborregadas, era de esa suavidad y hermoso matiz que escapa a la pluma del poeta lo mismo que al lápiz del artista. Franjas siempre radiantes del celeste más profundo, alternándose con otras de un tono rosado, coronaban el conjunto, como con un halo de gloria sin igual (10-11).

Además de su multicromatismo, ambos viajeros ven en la naturaleza del país un manantial de fertilidad y recursos. A lo largo de su relato, Gilliss no deja de mostrar verdadero asombro ante los fecundos campos de Chile. *Surplus* (sobreabundancia, excedente) es una palabra reiterativa, apuntando siempre a los beneficios económicos que tal situación le reporta al Estado, pero sobre todo a los hacendados particulares. Destaca principalmente la calidad de la tierra y su producción al norte de la capital:

---

<sup>15</sup> Una de las escasas descripciones que hace sobre la noche es la siguiente: “la luz de la luna llena, casi igualaba a la del día. En algunas de las montañas cercanas vi luces de fuego. No se podía ver ni una nube; y al este, donde los campos de nieve blanca de las cordilleras, suavizados con el tenue matiz de la luna llena, ¡oh!, ¡cielos!, cómo se alzaba la grandiosa cúpula del Aconcagua” (137-138).

Es interesante para los pomólogos el hecho de que en todas partes del norte de Chile los árboles frutales producen más abundantemente a una altura considerable que en el terreno más bajo, [...] y el tamaño y sabor de los higos secos, duraznos y uvas de Huasco y Guanta, ha sorprendido a todos los que han tenido la oportunidad de verlos en nuestro propio país (46).

Un poco más al sur, Gilliss cree que la provincia de Aconcagua “es, con justicia, aclamada por su fertilidad y fecundidad por cada forastero que la visita”. De ella destaca especialmente los valles de Limache, Casablanca y Quillota, y este último sobre todo, productor de “una serie de huertos, viñedos, jardines, praderas y campos de grano” favorecidos por la cercanía al mar y su clima. Aquí, a juicio del científico, los frutos son de una notable excelencia: “la chirimoya, el dátil y la lúcuma alcanzan la perfección; [...] y los nectarines, aceitunas, naranjas, uvas y frutillas, un tamaño y profusión casi increíble; mientras los cereales y vegetales comestibles [...] pagan sobradamente al agricultor por su cultivo” (47, 51).

Aunque Gilliss lamenta que aún no se haya realizado un catastro de la producción agrícola y mineral de esta rica zona —y de otras importantes, como Santiago y Colchagua—, advierte que su fertilidad y recursos naturales son cosa sabida por todos. Los yacimientos minerales, por ejemplo, tienen fama desde tiempos de los conquistadores; de hecho, guiándose por la información que da Frézier, él piensa que no fue ni su agradable clima ni su suelo fecundo lo que llevó a Pedro de Valdivia a asentarse en el lugar, sino el hecho de que “¡el gran depósito de oro de esa época estaba en el valle de Quillota!” En sus alrededores se informa de la existencia de numerosos lavaderos y minas de cobre argentífero, como San Lorenzo, San Antonio, Catemu y Jahuel; y de la mayoría de ellas manda extraer y llevar ejemplares minerales a Estados Unidos. Santiago también abunda en minerales: “oro, plata, plomo, cobre, cobalto, zinc y hierro, yeso, alabastro, caolín, sal, mármol, sulfato de baritina y sulfato de aluminio, pueden encontrarse en distintas localidades, y algunos de ellos en grandes cantidades”. En la provincia de Colchagua, en cambio, “sus recursos minerales conocidos son comparativamente insignificantes”, y solo es digna de mención la mina de oro de Yáquil y algunas de cobre en las cercanías de Curicó (47-48, 51, 53). Los recursos que ofrece la gran extensión marítima del país apenas son mencionados por el científico (49).

Para Rankin, el paisaje ideal no es aquel en el que ha intervenido el hombre, sino el que se mantiene en su “salvaje virginidad”, la misma que a su juicio debió haber embelesado a Valdivia y sus compañeros. La abundancia y fertilidad de la tierra le atraen como beneficio para el hombre, pero no en términos utilitarios —como hace Gilliss— sino personales, en cuanto fuente originaria de vida y de inspiración, que se presenta además como el refugio ideal para evadir las consecuencias indeseadas de la vida moderna y urbana (“lejos, lejos de nosotros estaba el mundo acelerado”). La exuberancia en la vegetación le parece al aventurero un elemento estético sumamente

atractivo, especialmente los bosques sureños, que a juicio suyo y de sus amigos ingleses (Mr. Dartuell y Mr. Reeves) superan en calidad y belleza a los de Canadá y las Indias Orientales. Entre las especies que suele nombrar, las palmas chilenas son las más alabadas por su estilo y elegancia, consideradas “emblemas de belleza y amor”. Las frutas, por su parte, solo son mencionadas como parte de las provisiones para el camino y como uno de los productos más ofrecidos por la hospitalidad de los lugareños. Rankin también destaca aspectos de la naturaleza que han sido resultado de la intervención humana, como los extensos campos de trigo dorado o los álamos ordenados en filas que separan los potreros; el sonido de sus hojas con el viento y la sombra que ofrecen después de un caluroso día —es decir, casi siempre en términos estéticos (109, 127, 141-142, 171).

El agua está presente en ambos relatos. En el de Gilliss se concibe sustancialmente como recurso esencial para la irrigación —“con la primera lluvia del cielo, la vegetación, que ha permanecido en estado latente en las montañas y laderas desde noviembre, brota como por arte de magia” (178)—; mientras que en el de Rankin es un elemento que la naturaleza ofrece al viajero cansado para saciar su sed, refrescar su cuerpo o bien para deleitarse con su música. En varias ocasiones este último escribe en su diario al borde de algún riachuelo, y en muchas otras descansa mojando sus pies en las corrientes. Pero así como habla de la placidez de algunas, Rankin advierte la braveza de otras, habiendo estado a punto de ser arrastrado por la fuerza de sus aguas<sup>16</sup>.

Recursos de la naturaleza como los minerales, por ejemplo, llaman la atención de Rankin, no como harían en un científico versado en el tema: no es su composición, yacimientos, abundancia y posibles usos lo que lo inclina a tomar una muestra u observarlos en los estratos de las rocas, sino su natural y siempre despierta curiosidad. Estando en las cercanías de las termas de Chillán, el aventurero apunta en su diario: “encontré algunos ejemplares de azufre que se habían caído de un cargamento, y aquellos con hermosos fragmentos de feldespatos los traje conmigo de vuelta”. Un poco más al sur, en una excursión por lo que fueron las famosas cuevas de los Pincheira y Vicente Benavides, descansando en la cima de un monte, puede apreciar “el gran escenario de los Andes, y especular sobre sus maravillas y riquezas escondidas, pues entre las áridas montañas que vi en el sur, debe haber minas de oro más ricas que cualquiera que brillara en el dorado seno de California”. Estos apuntes, como otros muchos, permiten

---

<sup>16</sup> “He tenido considerable experiencia en vadear los ríos de Chile, y he estado cerca de ser arrastrado por las corrientes salvajes de los ríos Cachapoal y Archihueno; pero mi recuerdo del paso del río Chillán es el más penoso de todos”. En otra ocasión, hablando del río Maipo y “sus aguas rugiendo y rompiendo contra las rocas”, Rankin advierte “cuán apropiados son los nombres indígenas. «Maipo» significa «rugiente», y el Maipo es verdaderamente un «río rugiente»” (145, 164).

deducir la inexistencia de un interés por los recursos minerales más allá de su mención y, eventualmente, su colección motivada por la curiosidad (170-172).

Pero no todo el paisaje es puro verdor y fertilidad, y ambos viajeros concuerdan en cierta inferioridad de la aridez en términos estéticos y utilitarios. A juicio de Gilliss, al suroeste del río Lircay, “la esterilidad, característica dominante de la superficie de esta cordillera, necesitaba de la oscuridad para suavizar su aspecto desolado”. También destaca el contraste de la exuberante vegetación de Quechereguas y Molina, “totalmente comparable con los mejores distritos entre el Mapocho y el Cachapoal”, y la aridez y desolación que presentan los montes de la cordillera de la costa un poco más al sur, con escasos arbustos visibles (370, 375). Para Rankin, es notable el cambio en el paisaje entre el vegetado valle de la quebrada de La Dormida y la esterilidad que aparece una vez cruzada la cuesta del mismo nombre, llegando a Tiltit. Pasado Chimbarongo, entre la cordillera de los Andes y la de la costa, observa lo agreste y solitario de la tierra llana que se presenta a sus ojos por “muchas, muchas leguas a lo ancho, y cubierta en partes con rocas ásperas”, y a pesar de divisarse unas pocas chozas a lo lejos, su presencia, “más que restarle, le agregaba a la escena una rotunda desolación” (106, 141).

Otro rasgo muy presente en la percepción de estos viajeros es el de la naturaleza concebida como vida. Sus elementos, aunque muchos de ellos inertes, parecieran cobrar animación ante los ojos del espectador, haciendo del conjunto un espacio lleno de sonidos y movimientos. Esta idea del *anima mundi*, retomada de la antigua filosofía griega y ensalzada por Schelling y el idealismo alemán, plantea la comprensión de la naturaleza —y, en términos aún más amplios, del universo— “como un ser viviente con alma y razón, donde todos y todo está integrado en perfecta armonía; y esto es posible porque la propia alma humana ha sido creada con los restos de la substancia que había servido para crear el alma del mundo” (González 40). De aquí que el hombre de la época estudiada se sienta, por así decirlo, reflejado o proyectado en la naturaleza. Se entiende a sí mismo como parte de un todo que es vida y movimiento desde el momento en que descubre lo que Isabel Cruz llama esa “misteriosa resonancia entre la geografía y el alma”, que tan claramente expresa Humboldt (Cruz 11). A pesar de que esta apreciación difiere en ellos —o al menos en las expresiones relatadas en los diarios respectivos—, tanto Gilliss como Rankin tienen la agudeza sensorial necesaria para percibir, describir y valorizar la vitalidad del paisaje. El primero recuerda el eco de las ondulaciones de las olas del río chocando contra la madera de su bote como “el único sonido que perturbaba la soledad de la naturaleza” (381), así como también las cadencias dentro de un bosque cerca de Constitución, cuyo conjunto de árboles, cubiertos de rocío,

Necesitaba los maitines de los pájaros para cobrar vida, o al menos un soplo de viento ocasional para enviar a sus visitantes de cristal brillando a la tierra.

En completo silencio e inmóvil como se encontraban, cada hoja parecía haber sido tocada por la helada mano de la muerte. La animación, la movilidad, son la gran desiderata en todo el paisaje de Chile (382).

A mediados de julio, junto con florecer violetas y ranúnculos, y llenar el aire con su perfume los racimos plumosos de la acacia, el científico nota que “las lluvias parecen haber despertado a las ranas de su letargo, y cada pequeño estanque resuena con su croar, mientras los viñedos y olivares se ven alegres con los pájaros recolectando cosechas de insectos” (81).

El valor estético que Rankin le da a los sonidos de la naturaleza es aún mayor; las alusiones al murmullo de las hojas con la brisa, el rugir de las aguas furiosas contra las piedras, el estruendo de las rocas quebrándose por los cambios de temperatura y el silbido del viento, son reiterativas. En una de sus travesías por la zona centro-sur del país, en las cercanías del río Itata, escribe:

Me detuve en la cresta de una loma, y escuché atentamente la música de la costa marina; aunque el océano estaba leguas al sur y escondido de la vista por la intervención de las montañas. *Había* un sonido, bajo, solemne y sublime: las profundas pulsaciones del vasto corazón del Pacífico. Para mí era un sonido emocionante; y pensé que mi viaje llegaría pronto a su fin (121, énfasis del autor).

La música del agua es un deleite para este viajero y un componente más que enaltece el conjunto visual (“nuestros oídos fueron saludados con el gluglú de las cascadas en las quebradas”), pero también, como se dijo más arriba, es una música que llama al peregrino cansado a saciar su sed. Después de una larga caminata, cuando “mi provisión de agua estaba casi agotada —escribe Rankin—, el murmullo de una cascada no muy lejana me tentó con su música plateada, [...] y exclamé: ¡Dios sea alabado!, y llenando mi botella, bebí intensamente el líquido espumeante” (137-138, 141). Aunque de manera mucho más esporádica, la melodía de la lluvia también está presente en su relato.

Gilliss, por su parte, tampoco escapa al verdadero encanto que ejerce la limpia y fina música del agua, dedicando en su narración un espacio considerable a la descripción del murmullo de las del Tinguiririca, cuyo sonido lo llevó a un “olvido absoluto del presente, hasta que el zumbido cercano de los mosquitos probó ser tan efectivo en hacerme volver al lugar como si Ñor Nicolás hubiera tocado una trompeta a mi lado” (368).

El viento no solo es un elemento de la naturaleza que pareciera tener vida, sino que, además, hace que el resto también cobre animación, levantando polvo de los caminos, remeciendo árboles, y revolviendo corrientes de aguas y nubes. Sobre estas últimas, Rankin nota cómo, al ser movidas y chocar contra las montañas, “se encrespan y forman espirales de las más variadas y fantásticas formas”, ofreciendo

“uno de los conjuntos más gloriosos” que ha presenciado. Este escenario le recuerda un pasaje de la alborada del *Asedio de Corinto*, de Byron (120)<sup>17</sup>. Gilliss, sin perder su forma científica, se refiere a los vientos según sus características y nombres —como por ejemplo el terral, “una brisa frígida del este”, que trae como consecuencia un severo enfriamiento de la atmósfera; o el monzón o “viento del sur” (10)<sup>18</sup>. No olvida anotar medidas termométricas y otras de utilidad, como tampoco establecer relaciones entre los vientos y la geografía, las estaciones y las horas del día. En algunas ocasiones, utiliza el nombre de *aolus* para referirse a ellos (10, 81, 382).

La naturaleza tiene además un carácter funcional para los viajeros, en todo tiempo y en todo lugar: es una fuente de referentes cardinales. En el caso de Gilliss y Rankin, el accidente geográfico que más dedicación y referencia tiene es la Cordillera de los Andes, contemplada como un todo, o bien en términos individuales, como montañas y volcanes puntuales. Sus altas cumbres y nieves eternas, de distintas tonalidades según la hora y la luz solar, son un atractivo, sin duda; pero también son un referente de orientación: el este.

Tratándose de un país montañoso, con cadenas de norte a sur cruzadas por otras transversales, “es de lamentar que ningún escritor se haya tomado la molestia [de diferenciar entre cordillera y los Andes] para evitar confusiones”, ya que en español —precisa Gilliss— “«cordillera» significa «cadena de montañas»; y uno puede decir «cordillera de la costa» con la misma propiedad que «cordillera de los Andes»” (19). Y para evitar esta confusión, siguiendo el ejemplo de Johann J. Von Tschudi, Gilliss se detiene en su diferenciación.

Como es de esperar, el científico menciona la cordillera de los Andes en términos más que nada geográficos, mineralógicos y climáticos; pero le es difícil ignorar su importante papel como telón de fondo de los más diversos y pintorescos paisajes. Desde la cuesta de Lo Prado en dirección a Santiago, aprecia, junto con la multitud de álamos, “el elevado fondo de los Andes, que aparentemente arroja una oscura sombra sobre la ciudad; pero el ojo pronto es capaz de detectar en medio del oscuro follaje un muro blanco, y de vez en cuando el torreón de una iglesia” (175)<sup>19</sup>. Y desde el mismo ángulo, reflexiona sobre las cumbres de la cordillera:

---

<sup>17</sup> “Night wakes — the vapors round the mountains curled melt into morn, and light awakes the world” (Rankin 120).

<sup>18</sup> El terral es definido por la RAE como una “corriente de aire producida en la atmósfera por causas naturales”, que se mueve a ras de suelo; y el monzón, como un “viento periódico que sopla en ciertos mares, particularmente en el océano Índico, unos meses en una dirección y otros en la opuesta”.

<sup>19</sup> La palabra *lofty* (traducida aquí como “elevado”) también puede entenderse como sublime, noble.

¡Cómo se destacan magníficamente contra el cielo! ¡Qué afiladas y nítidas se elevan masa sobre masa en las profundidades azules del espacio! Arboledas en grupos o en largas líneas serpenteantes, viviendas blanqueadas aquí y allá en medio de campos de cereales, y tortuosos riachuelos entre lechos bajos, componen el paisaje de la cañada [...] y, con escasa excepción, caracterizan la apariencia del valle que rodea la ciudad (176)<sup>20</sup>.

Similar admiración invoca la cordillera en el aventurero, quien, desde el mismo punto de observación que Gilliss (la cuesta de Lo Prado), anota en su diario lo que ve, acompañado de un mate.

Era una de las más gloriosas escenas que jamás haya presenciado. El poderoso baluarte de la cordillera aparecía ante mí en su terrible imponencia, y largas franjas de luz rosada irradiaban hacia el zenit; y lejos, más allá y por encima de la cadena de montañas más magnífica del globo, y cerniéndose sobre las pampas de Buenos Aires, habían nubes ligeras y plumosas (Rankin 85).

Aunque en un plano inferior a su importancia estética, la geografía también es un elemento de utilidad práctica para Rankin. Particularmente, la altura de las montañas hace de ellas una provechosa referencia geográfica. La Cordillera de los Andes, tan presente en el relato, está muchas veces relacionada con su ubicación cardinal: “las montañas, oscuras y brumosas, aparecieron al Norte y al Oeste, y al Este, los picos nevados de la cordillera”; “al lado Este, la cordillera se mostraba a corto alcance”; “al Sureste, la cordillera se desvanecía entre la bruma”. Pero no solo el conjunto, sino muchas veces las montañas solitarias o destacadas por su fisonomía o su altura, le sirven a Rankin como guías. Una de ellas, que él supone que es el volcán Peteroa, aparece en parte importante del viaje: “al Este había una montaña grandiosa y notable, con la forma del tronco de un cono y cubierto de nieve eterna. Si continuaba hasta cierto punto, se concretaba mi impresión del Chimborazo, por ser el tipo más perfecto de montaña”. Algo similar ocurre con el Aconcagua y Coiquén, referentes cardinales que fueron la meta en distintos recorridos. “Al Noreste, el pico volcánico del Aconcagua se alzaba con poderosa grandeza; sus campos de nieve en la cumbre superaban en altura el Chimborazo de Ecuador”, escribe Rankin en su diario; y en otra ocasión, después de una larga caminata iniciada por este aventurero desde Cauquenes, “estaba

---

<sup>20</sup> La vista panorámica desde este punto de observación ha sido descrita por muchos viajeros, entre ellos, Charles Edward Bladh. A juicio de Guillermo Feliú, “el valle y la cordillera impresionaron siempre a los visitantes extranjeros”, y desde lo alto su sensibilidad “reparó en el paisaje santiaguino. La cordillera andina les impresionó siempre. Las luces de los atardeceres, más” (17, 19, 21).

tan contento como podía desear. Ante mí, y en dirección Suroeste, estaba Coiquén, al que tomé como mi guía”. Otro accidente geográfico que señala visible desde que deja Talca, y que sigue desde entonces, es lo que él llama “gran montaña de Chillán”, que es de suponer que se trata de uno de los Nevados (92, 108, 116, 142, 164, 264).

Ambos viajeros enfatizan reiteradamente la interrupción geográfica que caracteriza al país a partir de lo que hoy es la quinta región. Al parecer, Gilliss llega a Chile con una idea de geografía bastante errada, pues

Por las cuentas que se me dieron, supuse el país [como] una planicie o valle continuo, con una leve aunque uniforme inclinación hacia el sur. Pero estrictamente hablando, no se puede considerar así, sino más bien como una sucesión de cuencas comunicadas entre sí por cañones a veces en el mismo nivel, aunque bastante a menudo con la intervención de leves promontorios (367).

Pendientes, cumbres, valles, quebradas, pasos, cuencas, planicies, cadenas montañosas; todos estos elementos hacen de Chile un país de “superficie completamente interrumpida” (Gilliss 47), “fértil pero accidentada” y donde “los valles, barrancos, precipicios, cerros y montañas están mezclados juntos de la forma más singular y confusa” (Rankin 116, 120).

El último aspecto que quisiera destacarse aquí en cuanto a la apreciación de la naturaleza por Gilliss y Rankin se refiere, es el de una inevitable “atracción al abismo” —utilizando las palabras de Rafael Argullol. La impresión, sobrecogedora y majestuosa a la vez, que causa en ambos viajeros la vista panorámica que obtienen desde lo alto, es la de una doble atracción, pues promete una totalidad armónica y al mismo tiempo la fatal destrucción de la creación humana. La naturaleza no solo es vida; también es la fuerza que se expresa en los cataclismos y la devastación que estos dejan a su paso (Argullol 93-101)<sup>21</sup>.

Alcanzar la cima de un monte, aunque su altura no sea tan significativa, parece brindarles a los viajeros, automáticamente, una sensación de dominio, de situarse por sobre la naturaleza y contemplarla, casi, desde “afuera”. Pero también les inspira un misterioso y profundo sentimiento de impotencia humana ante su inconmensurabilidad

---

<sup>21</sup> Esta dicotomía, esta “doble alma” que posee, es lo que la lleva a ser saturnina —con el hombre— y jupiterina —contra el hombre (Argullol 93-94). Bajo el postulado romántico, “el ser humano aparece insignificante, pequeño y vulnerable ante una naturaleza desbordada, amenazante y misteriosa, cuyo enigma permanece impenetrable para aquel que la contempla”. Se destaca también “el gusto por la oscuridad, por las ruinas, por los mares encrespados y por los castillos encantados,” y se exaltan “las tinieblas, los paisajes abruptos y las noches tormentosas” (González 14).

y, en última instancia, ante su fuerza destructora. Debe insistirse en el contexto histórico y la mentalidad romántica, donde

Se celebran [...] los placeres de la imaginación que permiten al individuo deleitarse con lo que de terrible tiene la naturaleza, con las amenazantes cumbres y los océanos de horizontes infinitos, con el tigre que acecha en los bosques de la noche. La categoría de lo sublime surge como una legitimación de lo marginal hasta ese momento, de todo aquello que la tradicional categoría de lo bello tenía soterrado. Y, de esta manera, mientras la belleza tiene su razón de ser en los beneficios de la sociedad, en los vínculos afectivos y en cierta armonía de formas, lo sublime celebra la soledad del individuo que gusta ver suspendidos los movimientos de su alma con cierto grado de horror (González 13).

Esta es la “terrorífica” atracción al abismo, tan bien graficada en los versos de Schiller del coro de *Los bandidos* y citada por Humboldt: “¡La libertad está en las montañas! / La exhalación del sepulcro no sube / a mezclarse con el éter nítido. / Por doquiera, perfecto es el mundo / excepto donde el hombre lleva consigo sus tormentos” (*Cuadros* 29)<sup>22</sup>.

Como los propósitos de Gilliss son netamente científicos, nunca se sabrá con certeza qué impresiones y sentimientos pudieron provocarle presenciar el todo desde las alturas; sin embargo, en ocasiones puntuales se despoja de su rigurosidad disciplinaria para hablar, ya no desde el erudito, sino desde el hombre viajero, que siente y se emociona. Es el caso de la descripción que da (nuevamente) desde la cuesta de Lo Prado, la cual se transcribe prácticamente completa por reunir casi todos los elementos que se han trabajado en las páginas anteriores.

La dispersión gradual de los espirales de niebla me permitieron anticipar la satisfactoria vista panorámica del valle que habíamos atravesado recién; pero no estaba en absoluto preparado para el magnífico panorama desplegado repentinamente, y por un momento apenas pude creer la escena real. La pérdida del sueño y la dieta regular impartieron algo de excitación nerviosa en el cerebro, y la imagen ofrecida a él por la retina parecía más la creación de la ferviente imaginación de un artista, o una de las escenas a veces ofrecidas en sueños semi-dormido en una mañana de verano, que una parte de nuestra realidad-

---

<sup>22</sup> Esta relación altura-libertad-sobrecogimiento la encuentra Isabel Cruz en su máxima expresión en los Andes: “dentro del concepto de «lo sublime» que domina la concepción sobre el paisaje propia de estos artistas precursores, la cordillera de los Andes es percibida como un elemento visual fundante y fundamental, una clara encarnación allende los mares de la hermosura vertiginosa” (118).

mundo. ¡Qué majestuosa, y a la vez qué encantadora, era la vista desde esta altura de 2.400 pies! Los Andes majestuosos, con sus picos con nieves eternas extendiéndose hasta donde alcanza la vista, se elevaba al este como un muro ante mí. Aparentemente agitadas a intervalos casi regulares bajo las interrumpidas y puntudas crestas, y como contrafuertes de sus lados espeluznantes, había incontables prominencias con oscuras cañadas y barrancos intermedios. A los pies, y serpenteando hacia el norte y el sur, [...] estaba la cordillera de la Costa. [...] Entre estas cadenas, y bañada por la luz del sol, había una amplia y fértil planicie exquisitamente diversificada. Promontorios aislados y multiformes; el río Maipo y sus afluentes, como cintas de plata; filas de altos álamos rodeando los blancos caminos; [...] y el oído hechizado con las notas de tantos hermosos cantores emplumados: «todo, salvo el espíritu del hombre, es divino» (453)<sup>23</sup>.

Todo este universo de sonidos, colores, texturas y sensaciones que ofrece la naturaleza al espectador y que Gilliss describe de manera tan completa, toma forma de figuras literarias en el relato de Rankin, siendo la metáfora y la personificación las más recurrentes —muchas de ellas ya citadas en los apartados anteriores. Así, por ejemplo, le parece al aventurero que “toda la naturaleza reposa como [después] de un enorme trabajo”, y lamenta que la cordillera de la costa le impida ver “el rostro del horizonte”. En cierta ocasión se refiere al sol como “el dios del día”, que “parece saltar como por arte de magia en los cielos, desde detrás las amañadas montañas”; mientras que a la luna suele llamarla “la reina de la noche” (11, 77, 92, 149, 162).

Pero junto con este deleite, hay también una atracción a las “magnitudes desmesuradas, sobrecogedoras, la llamada «belleza negativa» que incluye un elemento de misterio y de temor frente a lo vertiginoso y lo desconocido, que en la época recibe el nombre de «lo sublime»” (Cruz 116). En Gilliss, esta inclinación puede leerse muy de vez en cuando y solo entrelíneas, pero en Rankin es expresa y constante. La fiereza de la tormenta, la vertiginosidad de las alturas, la fuerza del viento, lo sobrecogedor de los sonidos salvajes del bosque sureño y lo espeluznante de los movimientos telúricos son, entre otras, sensaciones experimentadas con un macabro placer por este último. Cuando la niebla se apodera del paisaje, surgen sombras y obstáculos que impiden el paso seguro del caminante entre los cerros, pareciéndole “a momentos estar al borde de un insondable abismo, del que casi me encojo, como en verdadero peligro”. En otra ocasión, bordeando el río Maipo en dirección este, y encontrándose ya en los pies de los Andes, Rankin considera que “el paisaje [es] grandioso y terrorífico” a la vez, al sentir que realmente está en la cordillera. Una vez más, experimenta las contradictorias

---

<sup>23</sup> La cita dentro de la cita es parte de “The bride of Abydos”, poema de Lord Byron: “Where the virgins are soft as the roses they twine, / And all, save the spirit of man, is divine?”

sensaciones de placer e inquietud cuando, hallándose en lo alto de una montaña camino de Casablanca a Curacaví, “miré abajo entre los cúmulos de neblina el tortuoso y serpenteante camino que había escalado. Se doblaba sobre sí mismo no menos de doce veces. Era una vista espléndida, y la primera vez en mi vida que veía nubes bajo mis pies” (81-82, 125-126, 145)<sup>24</sup>.

A diferencia de Gilliss, en Rankin hay también una manifiesta atracción a las aventuras, e incluso al peligro. En una oportunidad, encontrándose con unos hombres en el cerro La Campana, estos “desearon saber si no me asustaba andar solo, ya que había muchos leones en las quebradas”, a lo que él contesta negativamente y sigue su recorrido. En efecto, más que las fieras, le teme a los ladrones y pandillas de maleantes, tan comunes en los caminos solitarios. De todas formas, siempre va armado con un cuchillo, una pistola y municiones. En otra ocasión, decide sumarse al itinerario de dos viajeros que se dirigen a Cauquenes, “dejando a las circunstancias determinar el curso que seguiría”, y más tarde, aparentemente jactándose de sus aventuras con otro compañero, cuenta cómo su amigo Mr. Rich los reprende: “«¡Vaya, mis compatriotas, son los dos tontos más grandes que he visto!»». En su estimación —explica Rankin—, nuestro viaje es de lo más peligroso” (110, 137, 163).

#### ALGUNAS CONCLUSIONES

En razón de la extensión de este trabajo, se han omitido varios aspectos que son de gran interés y a los que, en distinto grado, se refieren Rankin y Gilliss: los volcanes, el océano, las aguas termales, los fenómenos de la naturaleza (tormentas eléctricas, temblores y terremotos, *aurora australis*), sus olores y texturas, la navegabilidad de los ríos, el clima y sus estaciones, la población autóctona comprendida como parte de la naturaleza y los bosquejos y pinturas realizadas del paisaje, total o en detalle.

No obstante, el estudio de los cinco puntos precedentes (la naturaleza como un universo multicromático, como manantial de fertilidad y recursos, como vida, como referente cardinal y la atracción al abismo que ejerce en el viajero), permiten ofrecer varias y sugestivas conclusiones, sin perjuicio de que los aspectos no tratados recién mencionados hayan podido enriquecerlas en diversidad y ratificación.

Una de las conclusiones más evidentes, y aquella que ha motivado a realizar este estudio, es la presencia más o menos explícita de cierta actitud de los viajeros frente a la naturaleza y —es posible deducirlo— frente al mundo. Dicha actitud está caracterizada por una manera particular de entenderse a sí mismos como parte del entorno natural, aunque “el mundo acelerado” de la civilización —como lo llama Rankin— los distancie

---

<sup>24</sup> “I felt that I was in the Cordilleras”, anota, subrayando el verbo como para darle mayor gravedad.

de la naturaleza hasta el punto de volverse una escisión irrevocable, que fue lo que plantearon los románticos (171).

Ciertamente, como ya se ha dicho, el relato de Gilliss cuida su formalidad científica; pero acaso como una fuerza que el autor no puede negar, aparecen esporádicos “descuidos”, es decir, frases, apreciaciones y experiencias personales que escapan —a veces en forma más palpable que otras— al lenguaje convencional de su disciplina. Lo anterior no es, ni debiera considerarse, un defecto en el relato científico; todo lo contrario, lo enriquece, al demostrar genuinamente la permeabilidad de un estado anímico, de una sensibilidad romántica entre los hombres versados de la época. Esto ya lo advertía Humboldt, señalando que “pueden darse a las descripciones de la naturaleza contornos fijos y todo el rigor de la ciencia, sin despojarlas del soplo vivificador de la imaginación”, idea que ratifican Charles Minguet y Jean-Paul Duviols en la introducción a *Cuadros de la naturaleza*: “la constante preocupación de Humboldt [...] es combinar armoniosamente una descripción científica de la naturaleza con una manera sensible y estética de expresarla por la escritura y la imagen” (19).

A pesar de distar sustancialmente en intereses, Rankin y Gilliss tienen esa sensibilidad romántica, fineza sensitiva que los lleva a coincidir en la percepción y valoración última de la naturaleza como una fuente de vida en la que el hombre se halla en plenitud. Asimismo, es posible encontrar en ambos viajeros interesantes diferencias respecto a su elemento de estudio y metodología, siendo una de ellas el lugar que ocupa la objetividad en el relato. El método científico se define, por esencia, como un método que busca la objetividad, mientras que la escritura en un diario personal generalmente no tiene más pretensión que dejar por escrito las vivencias de su autor, un sujeto puntual con una sensibilidad única. A Gilliss le preocupa ofrecer al lector una imagen lo más fidedigna posible de la naturaleza; Rankin busca expresar en palabras esa sincronía anímica entre ella y él, de la que es testigo día a día. Por eso encuentra en las figuras literarias, como el poeta, un modo más fácil de expresar lo difícilmente expresable, aunque ni siquiera este medio le permite lograrlo del todo<sup>25</sup>.

La relación de Gilliss con la naturaleza —se insiste una vez más— está direccionada por un enfoque que le hace ver hasta en el cuadro más pintoresco algún recurso de posible utilidad para el hombre. Rankin se compenetra con ella al punto de establecer un diálogo, buscando la atención de la que ha sido su compañera durante tantos años de viaje —actitud que confirma la concepción de la naturaleza

---

<sup>25</sup> En varias ocasiones, Rankin se queja de la dificultad que significa encontrar las palabras adecuadas para que el lector realmente logre revivir la escena de la que él es testigo, como cuando “estaba anonadado por la grandeza y magnificencia ante mí, y sentí profundamente la pobreza de mis poderes descriptivos”, o cuando la belleza del paisaje era tal, “que solo el lápiz, e incluso así con dificultad, podría retratar” (121, 166).

primeramente como vida. Después de cruzar el río Itata, se despide de sus aguas, preguntándose si alguna vez volverá a verlas, y en su último viaje por el sur de Chile, cuando el vapor está a la altura de Osorno, exclama: “¡Cuatro volcanes en este magnífico panorama! Digo adiós a ellos, quizás para siempre”. En otra ocasión, acabado uno de sus viajes por la zona costera norte, escribe: “el chapoteo de las olas llegó a mis oídos. Me despedí de ese rugido en el valle de Aconcagua, y ayer dije de nuevo «¡Adiós! Pacífico». ¿Dónde nos volveremos a encontrar, Viejo Océano?” (140, 256, 379)<sup>26</sup>. De esto se trata el “sentimiento orgánico” del que habla Isabel Cruz; esa integración de “las disposiciones de la persona y, a la vez, de ésta con la naturaleza” (116). Y estas disposiciones, aparentemente casi imperturbables en el científico, son por el contrario muy volubles en Rankin. Esto puede afirmarse en la lectura de dos viajes de idéntico recorrido, realizados por este último de Santiago a Cauquenes, donde las descripciones varían, lo mismo que los objetos de su interés —como un puente al que antes no había prestado tanta atención, exclamando al verlo “¡qué cambiante es el mundo!” (144).<sup>27</sup>

En esta relación tan estrecha con la naturaleza, y gracias a las libertades que —a diferencia de Gilliss— puede darse en su relato, Rankin recurre constantemente a su imaginación, en la búsqueda de descripciones lo más acertadas posibles (con poesía, metáforas y personificaciones) y también en la construcción mental de paisajes, como puede verse en algunas de las citas ya ofrecidas. En las Islas Vírgenes, por dar un ejemplo, ante “la hermosa gradación de matices, las formas pintorescas y variadas sombras, sentí que mi imaginación se permitía soltar sus riendas pintando las encantadoras bellezas del paisaje isleño”. Entre estas islas, la visión panorámica de la de Saint Thomas lo lleva a imaginar el jardín de Isfahán (en el actual Irán), admitiendo que “nunca antes en mi vida había experimentado tan profundo placer”. Tal es el poder creativo de la imaginación, que al menos en una ocasión supera en

---

<sup>26</sup> La palabra “adiós” está escrita en español.

<sup>27</sup> “La naturaleza se hace eco de las variaciones del alma: un estado de experiencia conduce a una realidad sublime. O lo que es lo mismo, son las propias transformaciones del alma las que crean las transformaciones del mundo físico. Por tanto es el yo subjetivo que, en última instancia, era la fuente primordial de las categorías de belleza y sublimidad, el que transforma el paisaje de acuerdo con una determinada predisposición”, dice Beatriz González (69). Esto fue advertido, más de un siglo hace por Humboldt: “muchas veces la impresión que la vista de la naturaleza produce en nosotros se debe menos al propio carácter de la comarca que al día en que nos aparecen las montañas y llanuras alumbradas por el transparente azul de los cielos, o veladas por las nubes que cerca de la superficie de la tierra flotan. Del mismo modo las descripciones de la naturaleza nos impresionan tanto más vivamente, cuanto más en armonía se hallan con las necesidades de nuestra sensibilidad, porque el mundo físico se refleja en lo más íntimo de nuestro ser con toda su verdad viviente” (193).

expectativas el paisaje real, provocando en el viajero una gran decepción: “cuando supe que la laguna de Aculeo estaba en las cuevas, y no en los Andes, el encanto con que mi imaginación la había investido se desvaneció, y no me importó ver el «lago en los Andes», tan gráficamente descrito por Basil Hall” (14-15, 146).

Como señala Beatriz González, en el Romanticismo “la imaginación se encarga de consagrar aquello que los sentidos nos han proporcionado y que el gusto ha seleccionado” (23). El gran valor de la imaginación en el romántico es su capacidad de atravesar las fronteras que impone la razón, y la naturaleza no es otra cosa que fuente de inspiración creativa, donde la imaginación del observador se eleva por sobre la realidad haciendo comparaciones, exagerando y muchas veces soñando ver objetos que no están realmente presentes. “La naturaleza es el reino de la libertad”, señala Humboldt (*Cosmos* 22). En el caso de Gilliss y Rankin, habría que hacer la distinción entre el sujeto y su relato. Como relatos, es evidente que no hayan coincidido, por todo lo dicho anteriormente. De aquí que esté en ambos presente la naturaleza en sí, “la naturaleza real y objetiva”, pero despojada de adornos subjetivos en Gilliss y, al contrario, descrita en Rankin en función de su capacidad sensorial y apreciativa. Pero como sujetos, es posible sugerir, después de una lectura fina y entrelíneas, que ambos —y no solo Rankin— se sienten atraídos por esa libertad de la que habla Humboldt. Que a ambos les deleita al mismo tiempo que sobrecoge la inmensidad extendida a sus pies desde lo alto de una colina. Que ambos recurren a su imaginación para describirse a sí mismos dentro de ese paisaje majestuoso, y para conservarlo en la memoria. Que en ambos, en fin, está presente la idea universalmente difundida de la naturaleza como totalidad, que “se expresa visualmente en la visión panorámica que intenta abarcar todo lo que el ojo puede captar en un ámbito paisajístico a través de sucesivas percepciones que lo llevan a configurar una unidad, reflejo, a su vez, de una concepción del hombre como parte de la naturaleza” (Cruz 116).

## BIBLIOGRAFÍA

- Argullol, Rafael. *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*. Barcelona: Acantilado, 2006.
- Barros A., Diego. *Historia General de Chile. Tomo VII*. Santiago: Rafael Jover, 1886.
- “Biografía. Artículo del Evening Transcript acerca del capitán de la marina norteamericana James M. Gilliss, superintendente del Observatorio Astronómico de Washington y fundador del de Chile”. *Anales de la Universidad de Chile* XXVI (1865): 354-357.
- Blengino, Gianni. *La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Brion, Marcel. *La Alemania romántica*. Barcelona: Barral Editores, 1975.
- Cerezo, Ricardo. *La expedición Malaspina. 1789-1794. Tomo I*. Madrid: Lunwerg Editores, 1987.

- Cruz, Isabel. “¿Arcadia en el confín del mundo? Paisaje romántico de Chile en la pintura de los artistas viajeros (1820-1850)”. *Vida rural en Chile durante el siglo XIX*. Santiago: Andros Impresores, 2001. 107-140.
- Estefane, Andrés. “La proyección nacional de una empresa imperial: la expedición Malaspina (1789-1794) en Chile republicano”. *Historia* 38,II (2005): 287-326.
- Feliú, Guillermo. *Notas para una bibliografía sobre viajeros relativos a Chile*. Santiago: Universitaria, 1965.
- , *Santiago a comienzos del siglo XIX. Crónicas de viajeros*. Santiago: Andrés Bello, 1970.
- Gilliss, J.M.. *The U.S. Naval Astronomical Expedition to the southern hemisphere, during the years 1849-1850-1851-1851. Vol. I*. Washington: A.O.P. Nicholson, 1855.
- González, Beatriz. *Lo sublime, lo gótico y lo romántico: la experiencia estética en el romanticismo inglés*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007.
- Gras, Menene. *El romanticismo como espíritu de la modernidad*. Barcelona: Montesinos Editor, 1988.
- Gunn, Simon. *Historia y teoría cultural*. Valencia: Publicaciones de la Universitat de València, 2011.
- Oerlemans, Onno. *Romanticism and the materiality of nature*. Canadá: University of Toronto Press, 2002.
- Rankin, Jack A. *To the land of the Andes*. Inédito, colección particular, 1855-1862.
- Rookmaaker, Hendrik R. *Towards a romantic conception of nature: Coleridge's poetry up to 1803. A study in the history of ideas*. Amsterdam: John Benjamins Publishing Company, 1984.
- Sanhueza, Carlos. *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX*. Santiago: LOM, 2006.
- Saldivia, Zenobio. *La visión de la naturaleza en tres científicos del siglo XIX en Chile: Gay, Domeyko y Philippi*. Santiago: USACH, 2003.
- Schiller, Friedrich. Kallias. *Cartas sobre la educación estética del hombre*. Barcelona: Anthropos, 2005.
- Schneider, Joanne. *The age of Romanticism*. Connecticut: Greenwood Press, 2007.
- Taylor, Charles. *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós, 1996.
- Viajeros en Chile, 1817-1847*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1955.
- Von Humboldt, Alexander. *Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo. Tomo I*. Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig Editores, 1874.
- , *Cuadros de la naturaleza*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1999.